

Reivindicación // Miguel Díez – Congreso Argentina 2026

¿Por qué Dios permite el sufrimiento y la persecución?

La vida cristiana es un camino de fe, entrega y perseverancia en el que las dificultades forman parte de la experiencia de quienes siguen a Jesucristo. La labor de los creyentes puede compararse con la escritura continua del libro de los Hechos de los Apóstoles, que sigue escribiéndose mediante los frutos del Espíritu Santo, los hechos, los sacrificios y el amor sufrido de los cristianos. Aunque muchas personas asisten a los cultos y predicán desde los púlpitos, el verdadero testimonio se manifiesta en las acciones, la fidelidad y la disposición a servir a Dios y al prójimo.

Los creyentes son héroes de la fe, no por sus propias capacidades, sino por lo que Cristo hace en ellos y a través de ellos. La labor de misioneros, pastores y siervos comprometidos demuestra que el evangelio continúa avanzando a pesar de las persecuciones, las calumnias y los ataques. Estas dificultades pueden provocar estorbos y aplazamientos, pero no tienen por qué paralizar la obra de Dios. La confianza en sus promesas impulsa a continuar con iniciativas de evangelismo, congresos y proyectos misioneros, creyendo que Él proveerá los recursos necesarios para cumplir su voluntad.

La carrera cristiana exige avanzar hacia la meta con perseverancia, manteniendo el corazón encendido para extender el reino de Dios por todo el mundo. Las experiencias vividas en congresos y visitas misioneras en distintos países fortalecen la convicción de que Dios sigue obrando y que su propósito alcanza tanto a los lugares donde el ministerio ya

está presente como a aquellos donde todavía no ha llegado.

El fuego de prueba según 1 Pedro 4

La primera epístola de Pedro, en su capítulo 4, enseña que los creyentes no deben sorprenderse cuando atraviesan el fuego de prueba. El sufrimiento por causa de Cristo no debe considerarse algo extraño, sino una experiencia que puede acompañar a quienes desean vivir conforme a la voluntad de Dios. Padecer por el nombre de Jesús se presenta como un privilegio, una honra y una oportunidad para glorificar al Señor.

Sin embargo, es importante distinguir entre sufrir por la fe y padecer las consecuencias de las propias acciones indebidas. El sufrimiento cristiano no debe proceder del homicidio, el robo, la intromisión en asuntos ajenos ni de otras conductas incorrectas, sino de la fidelidad a Cristo. Quienes son vituperados por su nombre son considerados bienaventurados, porque el Espíritu de Dios reposa sobre ellos.

Ante la calumnia y la crítica, la respuesta del creyente debe reflejar el carácter de Cristo. En lugar de reaccionar con orgullo, rabia o resentimiento, está llamado a perseverar en el gozo, la pasión por el evangelio y la confianza en Dios. Las dificultades pueden convertirse en oportunidades para crecer espiritualmente, vencer los obstáculos y experimentar la fortaleza de la gracia divina.

La persecución también exige misericordia hacia quienes atacan a los creyentes. Aunque quienes calumnian, persiguen o encarcelan a los siervos de Dios actúan contra aquello que estos consideran sagrado, la respuesta cristiana debe incluir la oración por su arrepentimiento. La fidelidad no consiste únicamente en resistir la adversidad, sino también en continuar haciendo el bien.

El juicio comienza por la casa de Dios como parte de un

proceso de purificación de la Iglesia. Este proceso busca apartar las manchas, las arrugas, el amor al dinero y la dependencia de los valores del mundo. Las aflicciones pueden contribuir a la santificación y a la transformación del creyente, enseñándole a depender de Dios incluso en los momentos de mayor debilidad. Por eso, quienes padecen conforme a su voluntad están llamados a encomendar sus almas al fiel Creador y seguir practicando el bien.

La promesa de Dios: reivindicación frente a la calumnia

Frente a las calumnias, las injusticias y las vejaciones, se proclama una promesa de reivindicación y restauración. La reivindicación representa la victoria de Cristo en los creyentes y la oportunidad de que Dios manifieste su gloria incluso cuando su nombre es afectado por los ataques dirigidos contra sus hijos.

Dios es presentado como un juez justo que conoce las injusticias y que, conforme a su voluntad, puede intervenir para quitar la vergüenza y restaurar aquello que ha sido dañado. Al mismo tiempo, las pruebas pueden cumplir una función de purificación espiritual, como el oro que pasa por el fuego para ser refinado. La espera no significa necesariamente abandono, sino que puede formar parte de un proceso en el que la fe es fortalecida.

La oración ocupa un lugar fundamental en este camino. Las peticiones por los ministerios, las familias y las personas encarceladas expresan la solidaridad de una comunidad que confía en la justicia y la misericordia de Dios. La esposa de Zata, su familia y las personas que se encuentran presas junto a ella son presentadas como motivos de oración, con la esperanza de que llegue la liberación y de que las circunstancias se conviertan en una oportunidad para glorificar al Señor.

La reivindicación divina no debe entenderse únicamente como la desaparición inmediata de los problemas, sino también como la confianza en que Dios permanece presente durante la aflicción. La fe permite mantener la esperanza incluso cuando las respuestas no llegan en el tiempo esperado.

El clamor de Apocalipsis 6 y la justicia divina

El libro de Apocalipsis presenta el clamor de quienes fueron asesinados por causa de la palabra de Dios y de su testimonio. Al abrirse el quinto sello, estas almas preguntan al Señor hasta cuándo tardará en juzgar y hacer justicia. Su pregunta expresa el dolor ante la injusticia y el deseo de que el sufrimiento no quede sin respuesta.

La imagen de los santos que claman desde el cielo se une al clamor de la Iglesia que sufre en la tierra. Esta unión de oraciones representa la perseverancia de quienes esperan la intervención divina. La pregunta «¿hasta cuándo?» no es presentada como una expresión de falta de fe, sino como parte de la experiencia de quienes confían en Dios y esperan su justicia.

La parábola de la viuda y el juez injusto refuerza la confianza en que Dios, a diferencia de un juez injusto, hará justicia a sus escogidos. Sin embargo, el tiempo divino no se ajusta necesariamente al reloj humano. Durante la espera, los creyentes pueden seguir manifestando gracia, amor y fidelidad hacia quienes los rodean, incluso en situaciones de aflicción o encarcelamiento.

El ejemplo de los siervos de Dios encarcelados en Las Palmas muestra cómo la fe puede mantenerse viva en medio del cautiverio. Su experiencia se compara con la de Pablo, Silas y Pedro, quienes permanecieron fieles al Señor durante sus prisiones. La alabanza y el testimonio en circunstancias

adversas pueden impactar a otras personas, incluidos los compañeros de prisión y quienes ejercen autoridad sobre ellos.

Apocalipsis también presenta la imagen de las vestiduras blancas entregadas a los santos, junto con la indicación de que deben descansar todavía un poco más. Este pasaje recuerda que la justicia divina se desarrolla según los propósitos de Dios y que la espera forma parte de una realidad espiritual más amplia. La enseñanza sobre la gran tribulación subraya, además, la necesidad de perseverar y mantener la fidelidad a Cristo.

¿Qué significa ser un verdadero discípulo de Cristo?

Ser un verdadero discípulo de Cristo implica mucho más que identificarse como cristiano o asistir regularmente a una iglesia. Significa vivir una consagración profunda, permitir que el Señor transforme el corazón y convertirse en un templo del Espíritu Santo. El discipulado requiere una entrega sincera que se manifieste en las decisiones, las relaciones y el servicio cotidiano.

La vida cristiana no debe centrarse exclusivamente en el crecimiento numérico de las congregaciones ni en la búsqueda de nuevos asistentes. La prioridad debe ser el reino de Dios y su justicia, acompañados de compasión hacia los pobres, compromiso con la obra social y formación de discípulos. Los líderes religiosos están llamados a examinar sus motivaciones, reconocer el orgullo y recuperar una vida de servicio que refleje el amor de Cristo.

El trabajo realizado para Dios debe nacer del amor al Señor y al prójimo, no del deseo de satisfacer el ego personal. La recompensa espiritual se expresa en el amor, la fe, la paz y el gozo, valores que trascienden la riqueza material y sus inseguridades. La consagración también debe manifestarse en la

disposición de enviar misioneros y extender el evangelio más allá de las propias fronteras.

La identidad del discípulo se relaciona con seguir el camino de Cristo, actuar como mensajero de su reino y vivir como su embajador. Por eso, la invitación es abandonar una fe limitada a las reuniones dominicales y avanzar hacia una transformación personal que abarque todos los ámbitos de la vida.

Padecer con Cristo forma parte de este compromiso. Quienes desean vivir piadosamente deben estar preparados para enfrentar dificultades, sin perder la esperanza ni abandonar su llamado. El sufrimiento por amor a Jesús se presenta como una oportunidad para participar en sus padecimientos y permanecer fieles a la promesa de reinar con Él.

La profecía de Joel 2: avivamiento, lluvia tardía y restitución

El libro de Joel presenta una imagen de devastación mediante la oruga, el saltón, el revoltón y la langosta. Estas figuras representan un período de pérdida y dificultad que contrasta con la promesa divina de restauración. A pesar de los obstáculos, el crecimiento de la obra misionera se interpreta como una manifestación de la fidelidad de Dios y de sus promesas.

En Joel 2:23-27 aparece la promesa de la primera lluvia y de la lluvia tardía, entendida como una imagen de avivamiento y renovación espiritual. Este avivamiento no se limita a una experiencia religiosa externa, sino que se manifiesta en la transformación de las personas y en la restauración de vidas que anteriormente se encontraban marginadas. La alabanza a Dios por parte de quienes han experimentado un cambio profundo constituye una expresión tangible de esa obra.

La promesa de abundancia en las eras, los lagares y la

producción de vino y aceite se relaciona con la búsqueda prioritaria del reino de Dios y su justicia. Desde esta perspectiva, los recursos y las bendiciones materiales deben entenderse como añadiduras y medios para cumplir el propósito divino, no como el objetivo principal de la vida espiritual.

La enseñanza también presenta un conflicto entre el reino del bien y el reino del mal. Aunque la victoria de Cristo constituye el fundamento de la esperanza cristiana, los creyentes tienen la responsabilidad de participar en la extensión de su reino y de su justicia. Se les describe como los pies de Cristo, llamados a llevar su presencia y su mensaje allí donde sean enviados.

La identidad del creyente no debe quedar determinada por el desprecio, la marginación o las circunstancias adversas. Su llamado consiste en ser transformado a la imagen de Dios y reflejar su amor, gracia, poder y sabiduría. La condición de hijo de Dios se presenta como una identidad espiritual que orienta la vida y el servicio.

La promesa de restituir los años consumidos por la oruga, el saltón, el revoltón y la langosta expresa la esperanza de que Dios puede restaurar lo que se ha perdido. Las dificultades también pueden convertirse en instrumentos de crecimiento espiritual, fortaleciendo la oración, la perseverancia y la dependencia de Dios. La vida de fe avanza de victoria en victoria mediante la confianza en el Señor, la armadura de Dios y la espada de doble filo.

Malaquías 3: Dios reprende al devorador

La enseñanza de Malaquías 3 presenta la convicción de que los recursos destinados a la obra del reino de Dios deben administrarse con fidelidad. Desde esta perspectiva, aquello que se consagra a la misión divina no debe utilizarse para

satisfacer intereses personales, sino para cumplir el propósito al que ha sido destinado.

En Malaquías 3:11-12 aparece la promesa de que Dios reprenderá al devorador para proteger el fruto de la tierra y evitar la destrucción de la vid. Esta imagen se relaciona con la esperanza de restitución y con la confianza en que Dios puede sostener a quienes trabajan para extender su reino.

La expansión misionera constituye una expresión importante de esta visión. El envío de misioneros requiere fe, generosidad y disposición para salir de la propia comodidad. Se afirma que, cuando un ministerio responde al llamado de enviar obreros, Dios puede multiplicar los recursos y las personas disponibles para continuar la labor.

La formación de jóvenes comprometidos con el evangelio ocupa un lugar destacado. La pasión misionera y el celo santo deben acompañarse de valor espiritual y de una disposición sincera para obedecer la voluntad de Dios. El objetivo es formar una generación preparada para servir, llevar el mensaje de Cristo a otras naciones y participar en la transformación de vidas.

El crecimiento espiritual no debe medirse únicamente por el número de asistentes o por los recursos acumulados. Un ministerio puede aumentar en cifras y, al mismo tiempo, perder profundidad espiritual si deja de buscar la voluntad de Dios. La verdadera multiplicación está relacionada con la obediencia, la humildad, la fidelidad y la formación de discípulos y misioneros.

Las experiencias misioneras en Ghana, Sudáfrica, Mozambique y Costa de Marfil se presentan como ejemplos de expansión, con congresos, miles de bautismos y la incorporación de nuevos ministros. Estos resultados se atribuyen a la gracia de Dios y no exclusivamente a las capacidades humanas. La humildad y la mansedumbre son esenciales para reconocer que el fruto de la obra pertenece al Señor.

La enseñanza recuerda que algunos siembran y otros recogen. Por eso, la cosecha no siempre llega en el mismo tiempo ni a través de las mismas personas que realizaron la siembra. La perseverancia y la fidelidad permiten continuar trabajando sin caer en comparaciones, orgullo o desánimo.

Isaías 51 y 54: consuelo para el afligido y libertad para el cautivo

Isaías 51:11-15 presenta la promesa de que los redimidos de Yahvé volverán a Sion con gozo perpetuo, mientras el dolor y el gemido desaparecerán. Esta imagen transmite esperanza a quienes atraviesan momentos de sufrimiento y necesitan recordar que la aflicción no constituye el final de su historia.

El consuelo divino se manifiesta mediante la presencia del Espíritu Santo, presentado como aquel que fortalece a los creyentes frente a la tristeza, la melancolía, la amargura y el temor. El amor de Dios ofrece seguridad en medio de la incertidumbre y recuerda que la confianza no debe depender exclusivamente de las circunstancias externas ni de la opinión de otras personas.

La oración por quienes experimentan miedo y ansiedad refleja esta confianza en el cuidado del Señor. La enseñanza sostiene que el amor de Dios puede expulsar el temor y fortalecer el corazón para afrontar las dificultades. Incluso en situaciones de prisión y oprobio, el creyente puede encontrar consuelo en la certeza de que Dios permanece presente.

Isaías 54:11-15 dirige palabras de esperanza a quienes se sienten fatigados, afligidos y sin consuelo ante las tempestades de la vida. La promesa de restauración invita a confiar en la justicia divina y a no vivir dominados por el miedo a la opresión. La fe sostiene la convicción de que ninguna conspiración puede frustrar definitivamente los

propósitos de Dios si no cuenta con su voluntad.

La persecución de los cristianos en diferentes países constituye un motivo de preocupación y oración. Las experiencias de violencia, los ataques contra comunidades y la pérdida de seres queridos muestran la gravedad del sufrimiento que padecen muchos creyentes. Ante estas situaciones, la respuesta cristiana debe combinar perseverancia, consuelo y confianza en la justicia de Dios.

La enseñanza también destaca la importancia de reconocer que cada persona es única, con dones, capacidades y responsabilidades particulares dentro del reino de Dios. La diversidad de funciones no elimina la dignidad de las personas, sino que permite comprender que cada una puede contribuir de manera específica a la obra divina.

La familia ocupa un lugar importante en la formación espiritual. Los hijos de quienes sirven a Dios también pueden experimentar dolor al presenciar las persecuciones y los ataques contra sus padres y abuelos. Sin embargo, el testimonio familiar y la enseñanza del Espíritu Santo pueden contribuir a su formación como personas comprometidas con Cristo. La vida familiar y ministerial exige cuidado, acompañamiento y una fe que se transmita mediante el ejemplo.

La unidad en Cristo se presenta como un don de gran valor, capaz de sostener a las personas en medio de las dificultades. La oración por quienes persiguen, calumnian o vituperan a los creyentes forma parte de esta unidad y expresa el deseo de que quienes actúan injustamente puedan arrepentirse y recibir misericordia.

Bienaventurados en la prueba: sal de la tierra y luz del mundo

Las bienaventuranzas de Mateo 5 enseñan que quienes son

perseguidos, vituperados o señalados mediante mentiras por causa de Cristo son bienaventurados. La adversidad puede convertirse en una oportunidad para participar en los padecimientos de Jesús y demostrar una fe que no depende de la aprobación de los demás.

La invitación a alegrarse en medio de la persecución se fundamenta en la esperanza de una recompensa en el reino de los cielos. Los profetas también atravesaron dificultades por cumplir su misión, de modo que la fidelidad en tiempos adversos forma parte de una larga historia de testimonio y perseverancia.

Jesús define a sus seguidores como la sal de la tierra. Esta imagen representa el llamado a conservar el sabor del Espíritu Santo y actuar frente a la corrupción moral y espiritual. Ser sal implica mantener la integridad, rechazar las propuestas ilegales o inmorales y no permitir que los beneficios materiales determinen las decisiones personales.

La dignidad humana no debe venderse por ventajas temporales. La fidelidad a Dios exige discernimiento y firmeza ante las tentaciones que invitan a abandonar los principios espirituales por dinero, reconocimiento o comodidad. La verdadera riqueza del creyente se encuentra en una vida que busca agradar al Señor.

Asimismo, los seguidores de Cristo son llamados a ser la luz del mundo. Esta luz debe reflejarse en el servicio, la conducta y la disposición a ayudar a quienes necesitan apoyo. La entrega a Dios permite que los frutos del Espíritu se manifiesten en la vida cotidiana y que los creyentes participen en la salvación de almas, el cuidado de los enfermos, la liberación de los cautivos y el socorro a los necesitados.

El propósito de esta labor es establecer el reino y la justicia de Jesucristo allí donde los creyentes sean enviados.

La misión no consiste solamente en transmitir palabras, sino en vivir de tal manera que las acciones reflejen el amor, la gracia y la verdad del evangelio.

Perseverar en la fe y continuar la misión

El sufrimiento, la persecución y las dificultades no deben interpretarse necesariamente como señales de abandono divino. A lo largo de estas enseñanzas, la fe cristiana se presenta como un camino de transformación, purificación y perseverancia en el que los creyentes aprenden a depender de Dios y a mantener su compromiso con el evangelio.

Las Escrituras citadas, desde 1 Pedro 4 hasta las promesas de Isaías, Joel, Malaquías, Apocalipsis y Mateo, ofrecen distintas perspectivas sobre la prueba, la justicia, la restauración y el llamado al discipulado. En conjunto, destacan la importancia de permanecer fieles, practicar el bien, orar por quienes sufren y mantener la esperanza en las promesas divinas.

La verdadera consagración se demuestra mediante una vida de servicio y amor al prójimo. La misión requiere humildad, generosidad, compasión y disposición para formar discípulos y enviar misioneros. El crecimiento espiritual no se mide únicamente por los resultados visibles, sino también por la fidelidad con la que se cumple la voluntad de Dios.

En medio de las aflicciones, los creyentes están llamados a conservar la luz de Cristo, actuar como sal de la tierra y continuar extendiendo el reino de Dios. La esperanza de restauración y justicia fortalece el corazón para seguir adelante, confiando en que la gracia divina puede sostener a quienes permanecen fieles y perseveran en hacer el bien.